

REVISTA DE LA SOCIEDAD ECONOMICA SEGOVIANA

DE AMIGOS DEL PAIS.

AÑO III.

SEGOVIA 12 DE ABRIL DE 1878.

NUM. 6.

SUMARIO.

La Caridad y la Filantropía, por D. Francisco García Castro.—Al Acueducto de Segovia, Oda, por D. German Salinas.

LA CARIDAD Y LA FILANTROPIA.

Hé aquí dos palabras que, apesar de las grandes analogías que entre ambas existen por la identidad del fin que se proponen, de los sentimientos que despiertan y del principio mismo en que tienen su raíz y fundamento, se miran no obstante con recelo cual si fueran rivales, y hasta con abierta hostilidad cuando el fanatismo, siempre suspicaz, intolerante y exclusivo, llega á tomar á su cargo la inhumana tarea de ahondar las pequeñas diferencias que separan á estas dos hermanas, destinadas á vivir siempre estrechamente unidas y á prestarse mútuo apoyo en su santa misión de aliviar los dolores y miserias que no les es dado curar radicalmente, por oponerse á ello las inflexibles leyes de nuestra doble naturaleza.

En el presente artículo nos proponemos explicar con la brevedad que reclaman trabajos de esta índole, el sentido de aquellas dos palabras, indicar su origen, señalar sus diferencias, fijar los límites de su acción y probar, por último, que las dos virtudes por ellas representadas, diversas solo en su construcción literal y en la extensión de sus aplicaciones, pero idénticas en su esencia, lejos de rechazarse se armonizan y completan, siendo necesario el concurso de ambas para llenar cumplidamente los altos fines que están llamados á realizar en el orden moral, religioso, social y económico, según los designios de la Providencia, claramente revelados en las leyes que rigen todo el movimiento de la historia.

Posible es, que en la exposición de nuestras ideas tengamos que chocar con otras, admitidas y sancionadas por escuelas que respetamos sinceramente: pero guiados por el solo amor de la verdad, libres de toda preocupación y con la independencia de espíritu y de criterio de que hemos dado varias de una prueba, abordaremos esta cuestión con entera franqueza, con ánimo resuelto y prevenidos solamente contra el error, de cuyas seducciones y asechanzas ninguno de los mortales está exento y al que tenemos declarada cruda guerra, sea cual fuere el traje ó la librea con que se adorne.

La Caridad, que ya habia sido anunciada al mundo por la pluma del orador Romano como el em-

blema de la fraternidad universal, y que mas tarde desenvolvió y formuló el sublime Mártir del Calvario, haciendo de ella, no solo el fundamento si no la síntesis de su moral divina; la caridad en el sentido estricto que damos por ahora á esta palabra, ó sea el amor de los hombres en Dios y por Dios, es una virtud que nació y se desarrolló al calor del Evangelio, que vive de su espíritu, y que pertenece por el principio que la anima y por el fin que determina sus actos al orden sobrenatural. Dios es quien la inspira y á él debe referirse como á su último término. La Filantropía es el amor á todos los hombres, fundado en la unidad de naturaleza, en la comunidad de origen y destino, en el instinto de sociabilidad, en esa atracción misteriosa, llamada simpatía, que, semejante á la afinidad en el mundo inorgánico, nos une y estrecha á todos en el seno de la humanidad con los fuertes lazos de la familia, de la amistad y de la patria; fundado, para decirlo de una vez, en motivos puramente humanos, independientes de toda sanción religiosa. Como se vé, estas dos virtudes, que son á la vez dos sentimientos, tienen un fondo común, el amor de los hombres, diferenciándose únicamente en su punto de partida, en el fin que se proponen, en los móviles á que obedecen y en la extensión del círculo en que se mueven.

Pero la Caridad, que ha llenado el mundo cristiano con sus grandes instituciones y sus monumentos consagrados al alivio de todas las miserias: la caridad, tan inagotable en sus recursos, como solícita en acudir allí donde hay un infortunio que soportar ó una lágrima que enjugar, se retira y aleja del infiel, del hereje, del impio, á quienes mira, no como hermanos, sino como enemigos, no como criaturas de Dios redimidas por Jesucristo á precio de su sangre, sino como hijos espúreos y rebeldes, desheredados del cielo y heridos por el rayo de una maldición eterna. La Iglesia los escluye de toda participación en sus beneficios, en sus plegarias públicas y solemnes, y solo un día, el Viernes Santo, levanta su voz para pedir al Dios clemente y misericordioso que los convierta y salve: muéstrase mas severa todavia con el excomulgado, á quien niega hasta el derecho de ser compadecido, despues de abrumarlo con el peso de sus maldiciones y entregarlo, anticipándose al juicio de Dios, á la rabia vengadora de Satanás: al orar por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, parece olvidarse de que existen fuera de su comunión mil millones de seres humanos espuestos á sufrir como ellos el azote y los horrores de la guerra. Así es que la ca-

ridad cristiana es limitada en su acción y parcial y exclusiva en el reparto de sus dones, con ser tan rico y abundante el manantial de donde los extrae. La filantropía, por el contrario, moviéndose en una esfera más dilatada, no mira al color del desgraciado que demanda auxilio, ni le interroga acerca de sus creencias, sino que estende su compasiva mirada y su manto protector sobre todos los hombres, sin distinción de razas ni de cultos, no viendo en ellos más que otros tantos miembros de la familia humana, y teniendo siempre por dogma y por divisa la fraternidad universal. Por eso tiene mayor alcance y trascendencia que la caridad, ya que no por la santidad de su origen, por lo ilimitado de su acción y por la universalidad de sus resultados.

La Filantropía es una derivación del Evangelio, en cuanto toma por punto de partida y por principio generador la fraternidad de todos los hombres. El sublime Fundador del cristianismo nos declaró á todos hermanos como hijos de un mismo Padre que está en los cielos, é hizo del amor la base de su moral y el carácter distintivo de nuestra filiación divina. «Amad los unos á los otros,» repetía con frecuencia: «en una sola cosa conoceré que sois mis discípulos; en que os améis mutuamente.» Al hablar así Jesucristo, se dirigía á la humanidad entera, cuya representación tenían entonces doce humildes pescadores. Pero tan elevada doctrina no podía triunfar de repente en un mundo entregado á las más desordenadas pasiones, al más brutal egoísmo, á la explotación más inicua del hombre por el hombre: necesitaba aquella celestial semilla para germinar y desarrollarse, de la lenta colaboración de ese obrero infatigable llamado el tiempo. Era preciso transformar el corazón humano, sustituyendo al culto de sí mismo el amor á todos los hombres, sentimiento que, si no enteramente desconocido de la antigüedad pagana, puesto que tantos sabios ilustres habían hecho de él la base de una sociedad perfecta y el ideal de la justicia, no llegó á penetrar nunca en la conciencia de los pueblos: era igualmente necesario operar una profunda revolución en las costumbres y en las ideas; y no eran ciertamente los desacreditados dioses del Olimpo, ni las Escuelas filosóficas de Grecia y Roma, cuyas doctrinas sobre la noción del bien y los principios de la moral, aunque puras y austeras como la razón que las dictaba, no tenían eco fuera del recinto de sus Academias y Liceos, quienes podían llevar á cabo tan sobrehumana empresa. La voz humanidad, en el sentido de amor á todos los hombres sin distinción de razas ni de pueblos, de cultos ni de creencias, de clases ni condiciones, era una palabra sin sentido, expresión de otra idea más incomprensible todavía. La primera vez que la oyó pronunciar el mundo antiguo, fué en boca de un siervo emancipado, del poeta Terencio: *homo sum et nihil humani a me alienum puto*; «soy hombre y nada de cuanto á la humanidad interesa es extraño para mí.» El público de Roma que asistía á la representación de la comedia en que el eminente Dramático había escrito estas bellas palabras, salidas del fondo

de su pecho como un grito de dolor, las escuchaba sin comprenderlas. Y no era extraño: semejante lenguaje debió parecer ininteligible á un pueblo, que para distraer sus ocios y su feroz curiosidad necesitaba de los sangrientos espectáculos del Circo, al que arrojaba millares de esclavos para que ellos mismos se degollaran, ó para que fuesen despedazados por las fieras: á un pueblo en que los ricos Patricios cebaban con la carne de aquellos infelices las murenas ó lampreas que se servían después en sus opulentas mesas y eran el más sabroso pasto de su brutal glotonería. Así es, que la sublime frase de Terencio, escapada de su alma como una protesta en favor de los oprimidos, y en la que se veía ya palpitar el gran principio de la fraternidad humana, no tuvo eco en la conciencia de aquella sociedad corrompida, ni dulcificó los rigores de la servidumbre, ni hizo más humanos á los soberbios dominadores del mundo.

Menester ha sido, que el tiempo haya cooperado con su eficaz ayuda al desarrollo de aquella fecunda idea, que ha seguido en su movimiento todas las fases de la civilización y marchado siempre al compás del progreso general. Puede por tanto decirse, que la filantropía es una virtud relativamente moderna, por más que tenga sus raíces en el Evangelio; que ha sido el fruto sazonado de los grandes adelantos hechos en todos los ramos del saber, especialmente en las ciencias sociales, que nos han enseñado á conocer mejor la naturaleza del hombre individual y colectivo á estudiar más profundamente sus necesidades y sus remedios y á calcular con más acierto su poder y sus recursos, que es la natural consecuencia de la mayor difusión de las luces, del espíritu de tolerancia que ha suavizado las costumbres públicas, de la elevación progresiva del nivel intelectual y moral en todas las clases, y de la creciente multiplicación de las relaciones que unen á los individuos como á los pueblos, debida á la facilidad de las comunicaciones, y al enlace cada día más íntimo que tienen entre sí todos los intereses humanos, y por último, que es —no se escandalicen los devotos— la hija predilecta de la moderna filosofía.

Pero la Filantropía —se nos dirá tal vez por alguno— no es una cosa nueva y desconocida: diez y ocho siglos antes que esa palabra obtuviese carta de naturaleza en los Diccionarios del mundo civilizado, había sido ya predicada en un rincón de la Judea con el nombre de *caridad*, é impuesta á todos los hombres como la primera y más esencial de sus obligaciones por una Autoridad más alta que todos los poderes de la tierra.

Es verdad, y así lo hemos reconocido y declarado, anticipándonos á esta objeción: pero también lo es, que la Caridad y la Filantropía, aunque hijas del mismo padre y expresiones de un mismo sentimiento, tienen no obstante su fisonomía propia y rasgos peculiares que las caracterizan y distinguen, no pudiendo por esta razón ser confundidas é identificadas. Son dos arroyos que nacen de una misma fuente, pero de los cuales el uno es más caudaloso, recorre mayor trayecto y fertiliza

campañas mas dilatadas. Cuando Dios crió al hombre, depositó en el fondo de su corazón el instinto de la sociabilidad y el sentimiento de la simpatía, de la benevolencia y de la compasión: preciosos gérmenes que han venido desarrollándose lenta y gradualmente bajo la doble acción del tiempo y del progreso de las ideas. Jesucristo los santificó con su doctrina y con su ejemplo, elevándolos á la categoría de virtudes, y mas tarde, casi á nuestra vista, la Filosofía los ha completado y generalizado. Esta es toda la verdad; mas no se olviden las diferencias que hemos notado ya anteriormente. La *caridad* es solo un sentimiento: la *filantropía*, sobre serlo tambien por tener con aquella un comun origen, es ademas una teoría fundada en los principios de la razón y de la ciencia. La una es hija de la Religión; la otra de la Filosofía. La primera, fruto de celestial inspiración y de la simpatía hácia nuestros semejantes, es una virtud puramente individual que nos santifica delante de Dios y nos hace amar de los hombres; la segunda, producto de las luces y del progreso de las ideas, es una virtud eminentemente social que tiende á realizarse en las instituciones y en las leyes. Tomemos como ejemplo el hecho mas característico, el que pudiera con razón ser considerado como la línea divisoria entre la sociedad antigua y la moderna: la abolición de la esclavitud; esa gran conquista de la edad presente, esa nueva redención de una parte del género humano, condenada durante largos siglos á infame degradación y frentosa servidumbre por la sola diferencia del color de su piel. A pesar de las efusiones de ternura que los Padres de la Iglesia derramaron sobre todos los sufrimientos y miserias humanas; en medio de los consuelos que prodigaron á los oprimidos y de sus sentidas lamentaciones sobre la triste condición de los míseros descendientes de Adán, ninguno de ellos llegó jamás á protestar contra la dura ley de la servidumbre, contra esa odiosa tiranía del hombre sobre el hombre. Los Filósofos antes, y despues los Jurisconsultos romanos, educados en las severas máximas del Estoicismo, fueron quienes hicieron escuchar las primeras reclamaciones en favor de la naturaleza humana ultrajada y de sus derechos desconocidos. consiguiendo al fin, despues de largos y pacientes esfuerzos, que sus ideas penetrasen en la Legislación del Pueblo rey.

Y sin embargo, seria injusto negar al Cristianismo una buena parte de gloria en el por tantos títulos memorable triunfo de la razón y el derecho sobre la iniquidad y la fuerza; en la completa abolición de la esclavitud. Infiltrando lentamente su espíritu civilizador y sus generosos principios de igualdad y fraternidad en la conciencia de los pueblos y de los Gobiernos, él ha venido poco á poco preparando el camino á una reforma que por su magnitud y trascendencia no podia ser obra de un momento de entusiasmo, ó resultado de medidas precipitadas é irreflexivas, sino producto de la lenta elaboración de los siglos: pero preciso es confesar tambien, que para borrar esa afrenta de la civilización, ese ultraje á la humanidad, habria pedi-

do hacer mucho mas, y hasta reivindicar para sí los honores del triunfo, interviniendo directamente en la lucha y oponiendo á la corriente del mal sus grandes medios y su poderosa iniciativa: mas se ha contentado con repetir el consejo de San Pablo á los siervos de que vivan sometidos á sus señores, y á estos de que traten á aquellos con caridad y dulzura. No ha pasado de ahí, y el rayo conque debia herir una práctica infame y á todas luces anticristiana, ha creído despues mas justo y conveniente lanzarlo contra el progreso, la civilización y el liberalismo. Estaban reservados á nuestro siglo y á la fuerza incontrastable de las ideas que, abriéndose paso á través de todas las resistencias, han logrado penetrar en los consejos de la Diplomacia, el honor y la gloria de acabar para siempre con esa odiosa institución, con ese resto de la antigua barbarie, con esa especie de mutilación del género humano, que condenaba una parte de él á ser patrimonio de la otra, despues de despojarla de todos sus derechos, y hasta de su personalidad para convertirla en una cosa vil, en un mueble, en una bestia.

Pasar revista á todos los servicios que ha prestado al mundo la Filantropía, sola unas veces y acompañada otras de su hermana mayor, la Caridad, seria tarea mas propia de un libro que de un artículo. ¿Qué institución hay, fundada en el amor de la humanidad, en ese dulce sentimiento que es comun á la una y á la otra, ora tenga por objeto la beneficencia para en sus múltiples y variadas aplicaciones, ora la prevision y el ahorro, que precaven la miseria, ese impuro manantial donde brotan casi todos los desórdenes públicos y privados; ora la difusión del bien bajo todas sus formas, así en el orden moral y económico, como en el científico y artístico: qué institución hay, repetimos, que no deba á la Filantropía, ya que no su creación y planteamiento, su prodigioso y creciente desarrollo? Teniendo por base todas ellas la confianza y el amor recíprocos, son, á la vez que una feliz combinación del interés individual y colectivo, su presagio seguro de que se acerca el día en que será cumplido por todos los hombres el gran precepto del Salvador, «amaos los unos á los otros.»

Mas para que esto se realice, es de todo punto indispensable proceder por vía de atracción, no de eliminación; sumar fuerzas vivas, elementos útiles, no restarlos. Ese es el método de que se sirve la Filantropía, la cual no es otra cosa, que la caridad cristiana elevada á su mas alto grado de generalidad; la expansión de aquel tierno sentimiento, nacido al pié de la Cruz y alimentado por su vigorosa sávia, aunque no tan arraigado, como estar debiera, en el corazón de muchos cristianos, sobre todo, de aquellos que pretenden nada menos que monopolizar el glorioso título de Católicos —¿Por qué preguntar al que trata de asociarse para hacer el bien, cuales son sus opiniones y creencias? ¿pues qué! ¿se mueven acaso todos los hombres por el resorte religioso?: ¿ó es que el amor de la humanidad, la compasión hácia los que sufren y hasta el derecho de socorrerlos y consolarlos en su desgracia son un privilegio exclusivo de esta ó la otra

Religion positiva? Gracias al Cielo, todos podemos decir hoy como el Poeta latino; *homo sum...*; y dia llegará, si no nos detenemos en el camino, de que el principio de la solidaridad humana, último término del progreso, sea un hecho práctico en el mundo de la realidad, como es ya una verdad especulativa en los dominios de la Ciencia. De todos modos, no debe perderse de vista, que nuestra voluntad en sus determinaciones obedece á móviles estremadamente variables y hasta contradictorios á veces. Hombre hay, que no sería capaz de ejercer un acto de caridad por consideraciones puramente religiosas, y sin embargo lo realiza, ó por razones de interes público, ó por un movimiento de simpatía, ó por otra causa diferente, estraña á la Religion y fuera de su influencia. Dejemos pues á cada hombre ejercer la caridad á su manera; que en bien no necesita para merecer nuestro aplauso y alabanza, ni vestir el habito de Capuchino, ni cubrirse con el manto del filósofo.

Una sola cosa hay radicalmente incompatible con las dos virtudes hermanas, cuyo estudio nos ocupa: el fanatismo. Ese monstruo, que se alimenta de carne humana, que ha empapado en sangre la tierra, que ha devorado mas victimas que la guerra, el hambre y la peste, esa triste aberracion del sentimiento religioso que convierte en fieras los que son atacados por esa especie de *delirium tremens*, es refractaria á la caridad, á la compasion, á todo sentimiento humano. Y si hay quien lo dude, ahí están, sin necesidad de ir mas lejos, las montañas Vasco-Navarras y los campos de Cataluña, que le responderán cumplidamente. Perdonesenos este recuerdo, que nos ha sido forzoso evocar para dar á conocer al mayor enemigo que tienen las virtudes de que nos venimos ocupando.

Muchos pasos tiene que dar aún la Filantropía si ha de recorrer todo su camino y llenar cumplidamente su mision regeneradora. Fijémonos en un solo caso. Las relaciones de nacion á nacion continúan hoy siendo las mismas que existieron de individuo á individuo en un estado primitivo, anterior á la formacion de las sociedades. No hay un tribunal justo é imparcial que dirima sus contiendas, y cuando ocurre entre ellas un conflicto, las mas veces provocado por la ambicion, la codicia ó el orgullo de sus jefes, ó termina por un convenio en que el débil lleva siempre la peor parte, ó encomiendan la decision al trance de las armas, á los azares sangrientos de la guerra, tribunal feroz é inicuo, que no examina títulos, ni discute pruebas, ni escucha razones, pero cuenta en cambio el número de bocas de fuego y mide su alcance, como los mejores datos para fundar su sentencia, siempre favorable al que no necesita otro abogado que la voz de sus cañones, ni mas argumentos que el plomo y el acero. Pues bien; la Filantropía ha tomado á su cargo la nobilísima empresa de disminuir los horrores de la guerra y atenuar sus estragos, preparando así el camino á la total estincion de ese funesto azote. En prueba de ello citaremos solamente la convencion de Ginebra, obra de los amigos de la paz, y la feliz influencia que han ejercido sus acuer-

dos en las condiciones de la guerra, como han demostrado las dos tremendas colisiones de que la Europa central ha sido teatro en nuestros dias.—Y no se detienen ahí las generosas aspiraciones de esos hombres de corazon y de fé, á quienes el mundo inteligente saluda con respeto bajo el modesto, pero glorioso título de *amigos de la paz*. Herederos de aquellos insignes filósofos y publicistas que habian ya consagrado antes su pluma y sus talentos al servicio de la misma causa, estudiando combinaciones y fórmulas para el establecimiento de una paz perpetua y universal, trabajan sin descanso en su santa mision, se reúnen en Congresos donde se discute, se delibera y se toman acuerdos tan importantes como el que hemos ya citado; ponen á su servicio las dos grandes palancas de la prensa y la tribuna para levantar la pública opinion á la altura del ideal que en su mente acarician; dirigen su voz amiga á los gobiernos, y agotan, en fin, todos los recursos de la elocuencia y de la razon para hundir en el abismo al monstruo de la guerra y erigir altares al Dios de la paz. Ahora bien. ¿tendrán la dicha de ver algun dia coronados sus esfuerzos? ¿ó solo corren tras de una sombra, y persiguen un imposible? Para responder categóricamente á esta pregunta, preciso sería rasgar antes el velo que cubre los secretos del porvenir y robarle á Dios su ciencia. Pero si la ley del progreso es una verdad; si el imperio del mal no ha de perpetuarse sobre la tierra; si la inspiracion profética de Isaias, anunciando la trasformacion de las armas de combate en instrumentos de trabajo ha de cumplirse, ¿por qué no hemos de esperar con la conviccion del filósofo y la fe del cristiano el advenimiento de una era de paz y de concordia, entrevista ya por la ciencia y prometida por Dios á los *hombres de buena voluntad*? Creer que la fuerza ha de ser siempre la Señora del mundo y tener en su mano el destino de las naciones, es negar la Providencia y echarse en brazos del mas grosero fatalismo; es insultar la bondad de Dios y desconocer las leyes de la Historia; es poner arbitrariamente un límite al progreso humano, que no puede detenerse sin despojar al hombre de uno de sus mas esenciales atributos, la *perfectibilidad*. Ciertamente, como ya hemos dicho, que los pueblos, encerrados dentro de sus fronteras, viven independientes en su aislamiento, sin relaciones jurídicas que armonizan sus intereses, sin garantías que protejan eficazmente su existencia y sus derechos, sin mas tribunales de justicia que los campos de batalla, donde se discuten las cuestiones á balazos y se escriben con sangre las sentencias. Verdad es tambien, que toda guerra no es en su principio y en sus consecuencias otra cosa que una reproduccion en grande escala del drama sangriento de Cain y Abel, sin mas diferencia que la sustitucion de la bíblica quijada de Asno por el fusil de aguja y el cañon Krupp. No es menos cierto, que mientras no sea reemplazado el Dios de los ejércitos por el Dios de la paz, seguirán destruyéndose las Naciones como manadas de bestias feroces, y el hambre y la miseria despoblarán las ciudades y los campos, y el Canci-

Her Bismark podrá lanzar desde lo alto de la tribuna, sin que nadie le desmienta, la feroz máxima, que es un ultraje á la conciencia humana: *la force prime le droit*, la fuerza puede y vale mas que el derecho. No es, por último, menos indudable, que el presupuesto militar absorbe en todos los países cifras enormes, insoportables al contribuyente, que, empleadas de un modo reproductivo, duplicarian en pocos años su riqueza. Pero tamaños males, tan tristes desventuras no son, gracias al Cielo, irremediables, y la Filantropía, que une con fraternales lazos á pueblos é individuos, pondrá término algun dia á un estado de cosas, que de prolongarse mucho tiempo mas, seria una afrenta para la civilización, y atraeria sobre los culpables que lo consintieran las maldiciones de la historia. Nos hemos detenido quizá demasiado en este punto, mas propio de un libro que de un modesto artículo, y hora es ya de concluirlo, sin entrar en detalles, sin hacer historia y sin registrar siquiera los importantes resultados obtenidos por la moderna Diplomacia, á la que no puede negarse la gloria de haber terminado, ya por medio de negociaciones, ya por un arbitraje internacional, cuestiones que en otro tiempo solamente resolvía la espada.

Despréndese de cuanto hasta aquí llevamos dicho, que la *Filantropía* y la *Caridad* son en el fondo una sola y misma cosa, y que ademas la segunda está virtualmente contenida en la primera, como lo está realmente lo particular en lo general, la parte en el todo. Téngase esto presente en las breves reflexiones con que vamos á concluir.

La Filantropía, que no es, en su principio, otra cosa que un movimiento espontaneo y una inclinacion primitiva de vuestra alma, ha llegado á adquirir tal importancia en nuestros dias, que puede ser considerada como una funcion social, como un instrumento de Gobierno, como un poderoso auxiliar de la Política. Ella, en efecto, agita todas las cuestiones relativas á la Beneficencia pública y privada, á la organizacion de la enseñanza en todos sus grados, á la higiene y salubridad pública, á los sistemas penitenciarios, á todos los objetos, en suma, que abraza la Administración, y muy particularmente á los que interesan de un modo especial y directo á las clases menos favorecidas de la fortuna. Ella investiga los medios mas á propósito para extinguir ó atenuar esas vergonzosas plagas que afligen á los grandes centros de poblacion, tales como la mendicidad, la vagancia, la multiplicacion de los hijos ilegítimos, la prostitucion; y sobre estos diversos puntos ilustra á los Gobiernos, les suministra preciosos datos, y propone sus soluciones. No contentándose con esto, ha sometido á su severo exámen y juiciosa crítica las diversiones y espectáculos públicos, trabajando por desterrar aquellos que ofenden las costumbres y la cultura nacional; y por hacer que reinen, en los que deban conservarse, la decencia y el buen gusto. De este modo, la Filantropía es para los Gobiernos un faro que les señala el puerto hácia el que deben guiar la nave que lleva los destinos de su Nación.

Hoy que las revoluciones, poniendo al descubierto todas las plagas sociales, han revelado tristemente los sufrimientos de las clases laboriosas, es cuando la Filantropía, ó sea el arte de dirigir la asistencia pública, debe tomar su puesto entre los ramos de la administración y elevarse á la categoria de una funcion de gobierno. Desgraciadamente no posee aun la sociedad todos los recursos necesarios para resolver los formidables problemas que surgen diariamente á nuestra vista, ni para distinguir con claridad las necesidades reales del trabajador, de las exigencias de ciertos utopistas que, fomentando en las clases inferiores del Pueblo las pasiones envidiosas, tienden á sublevar una parte de él contra la otra; situacion peligrosa y funesta que, sobre ser una constante amenaza al orden público, paraliza los esfuerzos de la industria, ciega las fuentes de la producción y crea un estado permanente de inquietud y de zozobra.

Para conjurar estos graves peligros necesario es de todo punto que la Religion y la Filosofia unan sus fuerzas y obren de concierto, ilustrándose con todas las luces que suministra la ciencia moderna. Todos los dolores que la Religion consuela, todas las miserias é infortunios que procura socorrer la Filantropía trabaja tambien por curarlos ó atenuarlos. ¿Ni cómo pudiera suceder de otra manera, siendo comun el objeto que una y otra se proponen, é idénticos los medios de que se sirven? No: ni la sociedad actual querrá romper jamas con el cristianismo que veló sobre su cuna, ni el espíritu cristiano dejara de estar de acuerdo con el de nuestro siglo, formado en la sublime escuela del evangelio. ¿Qué triunfo tan bello para la ciencia moderna, ver á la religion bendiciendo sus obras, sus instituciones, sus progresos, y vivificándolo todo con el aliento de la caridad, que es el alma del cristianismo!

Una última observacion para terminar. La Filantropía, como la caridad, tiene sus hipócritas y sus explotadores. Jesucristo increpaba duramente á los fariseos, porque cuando daban limosna, tocaban la trompeta, para ser vistos y aplaudidos de los hombres. ¿A cuántos filántropos no pudiera hoy aplicarse con igual razon tan amarga censura! Hombre hay, que no seria capaz, si solo tuviera á Dios por testigo, de socorrer al infeliz que espira de hambre, mientras que prodiga en público sus limosnas, ya para adquirir fama de caritativo, ya para arrancar por sorpresa una confianza que le sirva de red para pescar incautos, ya para contentar su necia vanidad. No: la virtud no es esa seguramente. La verdadera caridad tiene á Dios por principio y por fin y la filantropía se inspira solamente en el amor de la humanidad. Hacer el bien por interés ó por orgullo, es falsificar aquellas nobles virtudes y resucitar el viejo farisaismo.

Justos é imparciales siempre en nuestros juicios, creemos satisfacer á todos y prestar á la vez un servicio á la verdad, afirmando por conclusion: que la «Caridad» tiene la ventaja de purificar y ennoblecer los sentimientos inspirados por la natural simpatía que nos lleva á amar y socorrer á nuestros semejantes, elevando esta virtud á la altura de una religion; y que la «Filantropía» tiene á su vez la de dar mayor estension y generalidad á los beneficios que una y otra tienen á producir, armonizándose así y completándose estas nobles virtudes, hijas ambas del cielo y llamadas por la Providencia á socorrer y consolar todas las desdichas que aquejan á nuestra infeliz raza en su dolorosa peregrinacion sobre la tierra.

F. G. C.

AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

ODA

DEDICADA AL MUNICIPIO DE LA MISMA CIUDAD.

Con sumo placer publicamos á continuacion este trabajo literario que honra en extremo á su autor, nuestro amigo; y le damos cabida en las columnas de esta Revista con mucho mas gusto puesto que el objeto que ha inspirado dicha composicion es un monumento grandioso que conserva Segovia para gloria suya.

Detén, aqui, viagero,
El atrevido paso,
Y hasta que se hunda en el remoto ocaso
De la luz el espléndido méchero,
Llégate, llega á contemplar conmigo
Ese monton de peñas asombrosas,
Que un dia las vetónicas montañas,
Engendraron piadosas
Al íntimo calor de sus entrañas.

Oh! ¿Quién á tu presencia,
Acueducto, no admira arrebatado
Del génio la sublime omnipotencia?
Yo ví, yo ví pasmado
Tu fábrica arrogante,
Cual inmenso elefante
Cavado en roca viva,
Que impávido sostiene la techumbre
De la índica pagoda
Sobre la firme planta en que restriba;
Yo ví la mansedumbre
Con que al nacer humilde te elevabas,
Y la onda trasparente recogias,
Y luego tus columnas dilatabas,
Y alzando la titanica cabeza
Las altas cumbres rebasar querias.
Y á tu simpar grandeza,
Cien dudas me asaltaron
En ruidoso tropel la inquieta mente,
Y mi razon cegaron
Con las nubes que agolpan en mi frente.

¿Cuál fué el alba primera
Que contempló tu gigantesca mole
Al sacudir la roja cabellera?
¿Qué ciclópeos brazos
Quebrantaron briosos
Las graníticas rocas en pedazos,
Levantando tus arcos magestuosos
Sin que el cemento los sujete y trave
En inmortales lazos?
¿Quién, do se oculta, sabe
La férrea ligadura
Que la union de tus miembros asegura?
¿En qué copiosa fuente
El vigor renaciente
De la existencia tomas,
Que nunca la cerviz gallarda inclinas,
Ni destrozado en miserables ruinas
Con estrépito horrendo te desplomas?
¿Inútil preguntar, espeso velo
Tu caótico génesis encubre
De la razon al incansable anhelo:
Que cuanto mas se afana
Corriendo en pos de la verdad desnuda,
Mas el vapor sombrío de la duda
Oscurece su lumbre soberana!

¡Oh memorable puente!
¿Quién pudiese cantar tu ínclita gloria
Con voz que resonara eternamente?
Tú viste el cetro de la augusta Roma
Regir del orbe los contrarios senos,

Como el auriga los caballos doma.
Con opresores frenos;
Y al vándalo salvaje,
Que á los cobárdes Césares espanta,
Sin que temiese tu segura planta
Beber la copa de su indigno ultrage,
Al resplandor de la inflamada tea
Ni al tájo de colérica framea:
Tú contemplar pudiste,
Entre el asombro del vasallo mudo,
El broncíneo escudo
Que entroniza al monarca visigodo,
Como torrente el árabe lo embiste
Del pujante Almazor que á la fortuna
Supo fijar la movediza rueda,
Viste lucir la ensangrentada luna
Y ora ni el polvo de sus triunfos queda.
Y su corona sepultó en el lodo:
Ni te abrumó, el inmenso señorío
Que en tres distintos mundos
Reconoce al austriaco poderío,
Que presto sus laureles infecundos,
Cual hojas secas marchitarse viste,
Y en el funesto y universal estrago
Solo en pié tu grandeza se resiste,
Y el Corso audaz que amedrentada tiene
La vieja Europa, y en traidora saña
El pecho amigo de la noble España
Al festin de sus aguilas previene,
Cierta noche sombría,
Que al siniestro fulgor de las estrellas
Tu estension abismado recorria,
Bañó en sudor la frente
Al escuchar así tu voz rugiente:
¡Aparta, maquiavélico tirano
No mas, no mas afrente
Tu osada huella el territorio hispano;
Que si domarle á tus antojos fias,
Y enciendes su frenético corage,
Y su tenaz constancia desafias,
Resolveré, que asoladora baje
De mis hijos la cólera iracunda,
Que tus revueltas haces aniquile,
Y tu soberbia presuncion confunda.
Mueve á otra parte la arrogancia loca

Que á mortíferas lides te provoca,
Mira, que ya imagino que te veo
Amarrado, cual nuevo Prometeo,
De santa Elena en la desnuda roca!
Y el César presintiendo su destino
Ciñó su corazón de negro espanto,
Y cual bajo asesino
Huye el recuerdo de su inícuca hazaña,
Huyó del aire que su aliento empaña;
Y tú, Acueducto, en tanto
Arrebatado en júbilo sentias,
Por las entrañas frias
Que del líquido humor rebosan llenas,
Saltar la linfa pura,
Que ondulante murmura,
Como la sangre hierve en nuestras venas.

Los siglos á los siglos se suceden,
Resbalan, cual minutos las edades,
A nuevas razas las antiguas ceden
Hundiendo soberanas potestades;
Del hado la carrera fugitiva
Hiere, trastorna, oprime y atropella,
Lo que levanta ayer, hoy lo derriba,
Y en el sepúlcro sin piedad lo estrella:
Por donde quier en número infinito
Va sembrando reliquias lastimosas;
Y tu inmoble reposas
Sentado en tus cimientos de granito!

¿Qué privilegio raro?
¿Qué impenetrable escudo
De caduca vejez, al golpe avaro
Con tal empeño defenderte pudo?
¿De qué ¡ay gran Babilonia! las roquizas
Murallas, que en los fastos eternizas
En la tremenda noche te sirvieron?
Sobre ellas tus campeones se durmieron,
Y escombros y cenizas
Al despertar de su letargo vieron.
¿Dónde los ojos buscarán, á dónde
De Menfis el dudoso laberinto?
¿Qué yermo de Persépolis esconde
El imperial recinto,
Do usurpando á Jehová los atributos,

El déspota feroz, el Rey de Reyes,
 Recibe adoracion, sangre y tributos
 Del Asia corrompida por sus leyes?
 ¿Qué se hizo ¡oh musa! dime,
 El templo de Salem, qué del hebreo
 Resonó con el cántico sublime?
 ¿Por qué no surca el animado Egeo
 Del piloto Sidon la rica prora?
 ¿Por qué ay! el Nilo llora
 De Faraon los sacros monumentos
 Que sacrifican en altares viles
 Al tropel de sus siervos, adorando
 Como á supremos Dioses los reptiles?
 El Partenon espléndido de Atenas,
 Y las estatuas que talló Corinto,
 De gracia espiritual y vida llenas,
 De Karnác las esfinges colosales
 Que al errante viajero amedrentaban,
 Las losas sepulcrales,
 Maravilla del mundo,
 Que al tronco inerte del esposo caro
 Alzó Artemisa con amor profundo,
 ¿A dónde están? ¿Qué fué de Alejandría
 El eminente faro,
 Que el pabellon nocturno describía?
 ¿En qué desierto yace
 El coloso titámico de Rodas,
 Que ya no vibra cuando Febo nace?
 ¿Por qué ¡Oh Circo Máximo! no enlodas,
 Cual otros dias, tu menuda arena.
 Con la sangre del bárbaro del Norte
 Mezclada á la del tigre y de la hiena?
 ¿Qué se hizo el romano Capitolio
 Que sublima de Júpiter el sòlio?
 ¿Y del Panteon la bóveda que encierra
 A los dioses del cielo y de la tierra?
 Todo acabó! reales pavimentos
 Alfombrados en pérsicos tapices,
 Alimentan del musgo las raices;
 Altares á los ídolos alzados
 Del fanatismo en los robustos hombros,
 Nos muestran sus escombros
 Por inmundos escuerzos profanados:
 Las mas nobles ciudades,
 Ora son espantosas solidades:

Ya los vivientes mármoles de Paros
 Ocultan mutilada su cabeza,
 Tinieblas son los relucientes faros
 Que doblan de la noche la tristeza!
 Vasos, naves, estátuas, circos, templos,
 Orgullo un dia del poder humano,
 Hoy de lástima son tristes ejemplos!
 Solo á tí ¡Oh Acueducto Segoviano!
 Por escepcion gloriosa,
 No alcanzan á ofenderte,
 Ni del tiempo la saña rigurosa,
 Ni los agudos filos de la muerte:
 Y siglos á millares,
 Sepultarán tus cárdenos sillares,
 Y antes la tierra extinguirá su vida
 Que pueda ver la tuya fenecida,
 Y rodará sobre su faz el cielo
 Antes que vengas destrozado al suelo
 ¡Oh! qué númen bendito
 Tu solemne mision, con rasgos de oro
 Asi ha dejado al porvenir escrito;
 Y asi el celeste coro
 La pregona á través de lo infinito:
 La fábrica suntuosa que enaltece
 El atrevido génio del romano,
 Que al pueblo con sus dones enriquece,
 Y el bien sustenta del linage humano,
 Y en torno suyo derramando goza
 Dicha, salud, fertilidad, ventura,
 La corriente de límpida frescura
 Que su seno dulcísimo alborozó:
 Jamás el incesante
 Giro del tiempo encanecer la vea,
 Y jóven y bríosa y arrogante
 Asentada en columnas de diamante
 Eterna, como Dios, su vida sea.

Segovia 28 de Marzo de 1878.

GERMAN SALINAS.